

asumió la responsabilidad correspondiente a su categoría, tomando por suyo el resguardo de la independencia continental. Para las otras, que a ese amparo pudieron constituirse, sin que el trágico proceso de efectuarlo las pusiera, debilitadas a merced de los déspotas europeos, conforme lo demostraron repetidos conatos, la cooperación con la gran república era un caso de honradez, de conveniencia y de lógica política en la comprensión, por cierto evidente de su propio destino.

Cuando aquella intervino en el conflicto europeo, ratificando y amplificando también para el mundo entero la doctrina solidaria, puesto que con participar de aquél ya entendía haber fundado la liga de las naciones a la cual sometió por consecuencia la organización de la tierra transformada, los pueblos americanos que eludieron su compañía obraron, pues, contra el interés común, y fueron ignorantes y retrógrados: porque prefirieron el aislamiento medioeval, que aun en el colmo del poderío resultó funesto a los imperios centrales, el espíritu de la conquista a la tradición de la independencia. Podemos entonces, afirmar que dichos pueblos padecían una crisis reaccionaria, aun cuando fuera de carácter demagógico, según acá ocurría, y así lo demuestra su actitud igual a la de España dominada por influencias militaristas y clericales.

El triunfo de los aliados impone ahora la paz de América puesto que ella se funda en la liga de las naciones por América concebida. En dicha asociación, prefigurada por el pan-americanismo, no sólo cabe este último, sino que resulta naturalmente destinado a salvarla cuando peligró, asegurando así el éxito de la nueva civilización. Y como ello reporta al Presidente Wilson la más alta gloria entre los hombres, los políticos que le son contrarios afectan no entenderlo, sacrificando a sus mezquinas pasiones la integridad de semejante obra. Lo más importante del tratado de paz, es, a no dudarlo, la liga por sí sola y doblemente por la ejecución que se le encomienda: pues así quedará inaugurada la nueva civilización en el hecho y en el derecho.

La tentativa de aquellos políticos es, pues, reaccionaria, y a semejante pan-americanismo no lo aceptaríamos jamás dado que vendría sencillamente a constituir el imperialismo de los Estados Unidos. Estos resultarían, así, la nación retrógrada, transformando su salvaguardia de la independencia continental en un derecho discrecional de conquista. El triunfo de esos ensobrecidos militaristas y plutócratas asentaría al panamericanismo un golpe de muerte.

He aquí cómo a todos los pueblos de este continente interesa apoyar el

americanismo wilsoniano, que aduna el más alto destino de América, y el resguardo de la civilización. Todavía estamos a tiempo para comprender, y los más tardos no pueden ya conservar ilusiones ante la aceptación de la derrota por el vencido imperio alemán. Permítaseme recordar que el 18 del pasado mayo dábalo yo por hecho en estas mismas columnas, sosteniendo la justicia del tratado. «No lo entienden, dije, los aristócratas ni los políticos alemanes, pero sí el pueblo desengañado que quiere y que impondrá esa paz». La lógica de los sucesos sigue, pues, favoreciendo mis presunciones.

Mas no lo menciono por esto, sino por algo mucho más importante. Algo en que ya debemos empezar a definir la solidaridad del nuevo orden de cosas, poniéndonos de acuerdo con los otros países americanos.

Anúnciase efectivamente el propósito de emigrar al nuestro que abriga una considerable masa de alemanes, entre los cuales contarían desde el obrero al general prófugo. Nada tendríamos que oponer en circunstancias normales, y no es dudosa la calidad superior de la inmigración alemana. Entra en el alto propósito de concordia humana, definido ya por el primer manifiesto de la Junta de Mayo, pues fué realmente el concepto fundamental de la revolución, y sobre él nos constituimos luego, que esos hombres, agobiados por tan hondo infortunio, vengan a rehacerse aquí una patria.

Mas si el noble idealismo no ha de excluir, como no excluye, la apreciación exacta de las cosas, forzoso es considerar que la inmigración alemana en masa puede traernos aparejados serios peligros.

Una tenaz y minuciosa educación ha conformado al pueblo alemán con tanta estrictez sobre el patrón militarista, que si esa inmigración acudiera en masa vendría regimentada seguramente. Sabemos por cuenta propia cómo aprecia el militarismo vencido sí, pero no anulado, los deberes de la hospitalidad. Continúa aquí funcionando, lo cual es significativo, aquel mismo aristocrático personal de la legación donde operaba el famoso conde, bajo la inolvidable complicidad de Suecia. La actual república socialista alemana que lo sostiene, en fuerza, sin duda, de ser imperio a la vez, no ha derogado tampoco aquella ley de traición sistematizada por la cual los alemanes pueden adoptar la ciudadanía de cualquier país sin perder la propia. Esta doblez continúa inspirando, según se advierte, toda la política del imperio-república, y el reciente episodio de Scapa-Flow, celebrado allá como un acto heroico, es prueba sobreabundante.

Esa funesta conformación moral, encarnando en el emperador la patria,

explica bien, me parece, cómo el gobierno socialista de la bastarda república autoriza su última resistencia al tratado de paz con el proceso de aquel déspota, cuando debía facilitar-lo más bien o emprenderlo por cuenta propia. Ello demuestra que no conciben la existencia sin kaiser y que siguen poniendo en el militarismo sus esperanzas supremas. Así queda desenmascarada la superchería de esa república puramente ocasional, y demostrada todavía mi constante afirmación de que el socialismo congenia más con la monarquía que con la democracia, al ser ambas formas del colectivismo despótico. La dictadura proletaria es la sustitución de la dictadura nobiliaria bajo una misma tiranía permanente: ideal de esclavos que, como es natural, debía nacer en una autocracia militarista. Pues el socialismo, no hay que olvidarlo es un invento alemán...

Un invento alemán aprovechado para la guerra bajo las formas hoy evidenciadas del espionaje y de la traición que, según se ve, no cesan. Así como los cristianos del siglo V invocaban a Atila contra su propio país, y en virtud de la solidaridad sectaria abrían las fronteras a la barbarie del norte, el socialismo reniega ya de la victoria conseguida sobre la autocracia germánica, prefiere que para dejar impune a la farsaica república, aun cuando es visiblemente el mismo imperio de ayer, las naciones que éste invadiera queden devastadas sin reparación, los antiguos salteos de Polonia y de Italia reconocidos, el crimen igualado con la inocencia; y mientras colgaría de un árbol a Wilson o a Clemenceau, aseguraría a Guillermo II un honorable retiro. El embrutecimiento sectario nos retrograda así al tiempo de las hordas. Las plebes siniestras, engeguedadas por él, son ya otras tantas hordas en potencia de irrupción.

La masa regimentada que suponemos, hallaría aquí la misma traición socialista, dispuesta a favorecer sus conspiraciones: importaría en grande escala el maximalismo que, recuérdolo una vez más, es el marxismo perfecto: cosa germanísima, si las hay; acentuaría el carácter germanófilo con que la neutralidad nos presentó ante el mundo, provocando la sospecha de las naciones victoriosas; intentaría fabricar aquí la Nueva Alemania del desquite, acentuando nuestro aislamiento, ya tan grande, cuando más necesitaríamos vincularnos con aquellas.

Mucho me temo que nuestro fatalismo optimista y jactancioso, unido a las tendencias germanófilas del gobierno, desatienda este asunto capital. Pero un detalle, siquiera, merecería especial consideración: el impedimento